a la rosaeda a jugar a que ella era Teresa y yo Pepe...

Mamá ha llegado de pronto, y nos ha llamado.

En la comida ha dicho que quizá la prima Blasa tenga que irse pronto, porque su mamá la estará echando mucho de menos. Luégo se ha puesto a escribir en el mantel con el cuchillo....

¡Ahora comprendo por qué mamá no quiere que vengan a casa más institutrices....!

JOSE MARIA PEMAN

LOS RASGOS FUNDAMENTALES DE LA PSICOLOGIA TOMISTA

(Conclusión)

Bien conocida es la actitud de santo Tomás de Aquino en el problema del conocimiento intelectual. Considerando y juzgando con su habitual serenidad las posiciones de los antiguos—no muy distantes de las modernas—acerca de este gravísimo asunto, opta por una solución equidistante del «empirismo» radical y del no menos radical «idealismo» o racionalismo. ¿Cómo no recordar, a este propósito, la tan asendereada distinción del entendimiento «agente» y «posible» en que cifra el Angélico Doctor todo el mecanismo de la actividad intelectual? Mecanismo quizás excesivamente esquematizado en los antiguos escolásticos, como ya opinó nuestro Balmes, pero que encierra en el fondo de su función abstractiva y universalizadora la palabra más profunda que en la historia de la filosofía se ha pronunciado para esclarecer en lo posible el magno misterio del pensamiento humano. Hoy asistimos, en el propio ambiente de los laboratorios de

psicología experimental, a una verdadera reivindicación de los fueros de este pensamiento frente a las modalidades del conocimiento puramente sensible con el que parecía ya haberse definitivamente confundido. Pero ¿no hubiera sido más sencillo evitar esta confusión, insistiendo en las direcciones de la psicología tradicional, y se hubiera ahorrado la moderna estas enojosas rectificaciones?

Función propia de la inteligencia es no sólo la formación de «conceptos» abstractos, sino también la formulación de «juicios» que contengan, con la afirmación o negación lógica del contenido conceptual, el asentimiento o adhesión psicológica que en mayor o menor grado—certeza, probabilidad, duda—prestamos o rehusamos a aquellas afirmaciones o negaciones. Bien sabidas son las gravísimas controversias que en torno a la génesis de este asentimiento se agitan en la actualidad, desde las posiciones extremas de un refinado «intelectualismo» que parece cifrar el origen de todos nuestros juicios en una «evidencia objetiva» por el espíritu fielmente reflejada, y de un radical «fideísmo» que buceando en el abismo subconsciente de este mismo espíritu cree descubrir en él la fuente inagotable de toda convicción. Pues bien, santo Tomás no juzga necesario optar entre ambos extremos. Distinguiendo cuidadosamente los juicios propios de la «ciencia» de los que constituyen el dominio de la «creencia», caracteriza los primeros por esa determinación rigurosamente objetiva e intelectual que llamamos «evidencia» de una verdad, al paso que reconoce en los segundos una reacción del sujeto cognoscente bajo la presión imperativa de la voluntad, si bien al efecto preparada por un juicio previo de credibilidad intelectual. Ambas clases de asentimientos, por lo demás, pueden darse con el doble

origen del conocimiento intrínseco de una cosa por sí misma, o extrínseco por apropiación del juicio que haya merecido al ajeno pensar: la «creencia» se llamará «opinión» en el primer caso, «fe» en el segundo.

En otra dirección de estos arduos problemas, ¿cómo no registrar la aún sensible actualidad que encierra la tendencia a interpretar toda nuestra vida intelectual en función de su utilidad y fecundidad, proclamadas como supremo criterio de verdad por el «pragmatismo» contemporáneo? Tampoco aquí advertimos en santo Tomás ese empeño en cifrar la complejidad de nuestra mente en fórmulas simplistas y soluciones unilaterales que constituye el vicio capital de tantos sistemas filosóficos antiguos y modernos. Constantemente proclama la doble relación en que nuestra razón puede hallarse frente a sus objetos. Unas veces se limita a contemplarlos y registrar pasivamente su objetividad, constituyéndose así en razón «teórica»; otras veces, se forja dentro de sí misma un ideal o ejemplar realizable, cuya activa realización es función propia de la razón «práctica.» La «ciencia,» en sus múltiples direcciones, es ruto natural de la inteligencia teórica; al paso que el «arte,» en sus también variadas manifestaciones, se nos revela como la proyección de la inteligencia práctica en el mundo de la realidad. ¿Habría lugar a tan enconadas polémicas sobre estos sutiles problemas si se tomara como punto de partida para su planteamiento esa distinción tan familiar en la psicología tomista?

A la función cognoscitiva, sensible e intelectual, teórica o práctica, agrega santo Tomás la que llama «apetitiva» y constituye un nuevo y fundamental aspecto de la vida de nuestro espíritu. Los que, demasiado sensibles al prestigio de ciertos motes consagrados, hayan encasillado al santo Doctor en el grupo de

filósofos «intelectualistas,» debieran abrir su Suma Teológica por la I-II^{ae} y la II^a-II^{ae}, y advertirían toda la importancia—no diré «preponderancia» por evitar cuestiones de prelación, tan odiosas como las llamadas de etiqueta—que en su psicología obtiene el tratado de las pasiones humanas, de las virtudes y de los vicios, tan detalladamente descritos con rasgos de la más fina observación, como concienzudamente clasificados en esas dos direcciones del apetito «concupiscible» e «irascible» que—nombres aparte, ya que éstos resultan en la actualidad un tanto arcaicos—constituyen el fondo de las orientaciones mejor aquilatadas de la moderna psicología de los sentimientos. Sobre ellos proclama el santo Doctor a la «voluntad» como sobre los sentidos reconocía a la inteligencia; pero así como ésta arranca de aquellos para superarlos, también la voluntad representa la forma más alta del apetito, racional con la inteligencia, sensible con la sensibilidad y hasta puramente natural en los seres destituidos de todo conocimiento, y como tales, sólo dotados de una ciega finalidad. De este constante paralelismo del apetito con el conocimiento, nace también el riguroso «determinismo» que en los grados inferiores de éste corresponde a aquél, pero que en la esfera superior de la voluntad, gracias a la multiforme perspectiva de acción que la inteligencia le ofrece, hace posible esa auto-determinación que merece el nombre de «libertad,» y mejor aún, el de «libre albedrío,» para subrayar su raigambre final en la función cognoscitiva.

No debemos tampoco omitir, si aspiramos a no dejar excesivamente mutilado este bosquejo de la psicología tomista, el amplio lugar que en ella ocupa la teoría del «lenguaje,» uno de los capítulos más interesantes de las investigaciones psicológicas contemporá-

neas. Sin pretender que todas ellas tengan sus precedentes en el Doctor medieval, es visible la preocupación que le merecieron y el acierto con que enfocó, sobre todo, el problema semántico de las «partes de la oración,» en un sentido que en muchos tratados de filología moderna podría revivir con ventaja sobre la notoria desorientación de que adolecen en tan importante materia.

Me refería poco antes al «paralelismo» de las funciones cognoscitiva y afectiva en la psicología tomista, y esto me sugiere lo que en concepto de no pocos modernos constituye su «punto flaco»: esa fragmentación del espíritu en «facultades» irreductibles, con el consiguiente quebranto de la evidente «unidad» fundamental de la conciencia humana. Pero esta división de «facultades,» según santo Tomás, no tiene nada de arbitraria: se halla impuesta por la diversidad de «objetos» que la experiencia más obvia nos ofrece, y aun por la variedad de «actos» que sobre un mismo objeto podemos ejercitar. Por lo demás, que, no obstante esta variedad, la unidad del espíritu sea un hecho atestiguado por la propia experiencia, nadie mejor dispuesto que el santo Doctor a proclamarlo, ya en el orden sensible por la existencia de lo que llama «sentido común,» ya en un orden más elevado mediante la tan sutil como profunda teoría en que nos muestra la recíproca inmanencia de la inteligencia en la voluntad y de la voluntad en la inteligencia, no menos que la definitiva coincidencia de la verdad y del bien en una síntesis superior. Por cierto que, sin perjuicio de esta unidad intra-individual del espíritu humano, no deja el Angélico Doctor de advertir perspicazmente su variedad accidental, pero bien digna de estudio por la confrontación de los individuos entre sí y de las varias edades en una misma vida in-

dividual, y aun de los individuos de condición sana a los mentalmente extraviados, presagiando de este modo las modernas direcciones de la «Psicología comparada» en sus varias formas de psicología étnica, genética, patológica y hasta de la psicología animal que el santo estudia con especial atención, sin dejarse arrastrar por sugerencias evolucionistas, pero sin temor a subrayar concienzudamente coincidencias y discrepancias de las conciencias inferiores con la humana mentalidad.

Tampoco le son desconocidas, antes al contrario se complace en subrayarlas, las formas «colectivas» que esta mentalidad reviste y cuya determinación constituye el primero y fundamental punto de controversia para la sociología moderna. Santo Tomás lo aborda y resuelve con profundo concepto y frase precisa en diversos lugares de sus tratados morales y jurídicos, siempre abundando en una solución media o armónica entre un deficiente individualismo y el exceso de un sociologismo que tendiera a personificar o sustantivar la realidad del «alma colectiva.»

Y aquí haríamos punto final si no hubiera quedado antes intencionadamente soslayada, cediendo a la preocupación de no pocos psicólogos modernos, la inclusión en nuestra ciencia de las dos grandes funciones animicas en evidente relación con la materia: la función «locomotiva» y la función «nutritiva.» Pase aún que la primera sea considerada entre las potencias, si no mentales, por lo menos mixtas o comunes a los principios que se llaman alma y cuerpo, y que por ello mismo plantean el problema trascendental de su mutua relación. Pero por eso mismo también parece indispensable vincular al cuerpo la función nutritiva o vegetativa, frente a la cual y en misteriosa correspondencia con ella desarrolla el alma sus actividades propiamente psí-

quicas. Tal es el concepto de la psicología dualística; tal es asimismo—no hay por qué disimularlo—el sentido de la psicología popular que se representa al hombre compuesto de alma y cuerpo, espíritu y materia, dos sustancias adecuadamente distintas, si bien armoniosamente coordinadas en cierta vaga unidad superior, no muy lejana de la que liga al piloto con su nave, al jinete con su caballo, al mecánico con su máquina.

Pues bien; santo Tomás de Aquino no repugna a una concepción dualística del hombre, «siempre que—nos dice textualmente en su Comentario al *De Anima*, de Aristóteles—no sea entendida en el sentido de que el alma es el acto del cuerpo, y de que el cuerpo sea su materia y sujeto, como si el cuerpo se hallara constituido por una forma que le hace ser cuerpo, y le sobreviniera el alma que le hace ser cuerpo vivo, sino que del alma viene que el cuerpo exista, que sea cuerpo y que sea cuerpo vivo.» En una palabra—y conforme a lo que el propio santo Doctor nos expone en dicho pasaje y otros similares,— el hombre, como todo sér que es *unum per se*, se halla compuesto de «materia» prima y «forma» sustancial, y de una sola forma, ya que la pluralidad de formas sería incompatible con la predicha unidad. Esta «única forma» confiere a la pura potencialidad de la materia prima todos los grados de sér que el hombre tiene, y, por lo tanto, también el sér corpóreo; pero se llama «alma» en cuanto lo actualiza especialmente en orden a los tres grados de vida: vegetativa, sensitiva e intelectual. El alma humana se define, por lo tanto, como «el acto primero del cuerpo físico organizado»; no menos que como «el primer principio que hace al hombre vivir, sentir y entender.» Santo Tomás libró en su tiempo una verdadera batalla en pro de la única forma sustancial del hombre y contra los

no escasos partidarios de la pluralidad de formas, por salvar la unidad sustancial del compuesto humano atestiguada, a su juicio, por la más rigurosa experiencia. Pero, ¿no se podría decir que con esa actitud se anticipaba asimismo a las grandes controversias de la hora presente, y se colocaba resueltamente del lado a que nos invitan los más evidentes resultados de la moderna psicología fisiológica?

Pero esta legítima concesión a una psicología naturalista no hacía al genial pensador olvidarse de la singular condición de nuestro espíritu, insertado por su condición de forma en el ciclo de los seres materiales, pero remontándose sobre ellos en alas de su facultad y función intelectual en términos que le permiten dominar las contingencias del tiempo y del espacio y aun escalar al vuelo de la «razón superior,» las alturas celestiales. A ellas le sigue el Angélico Doctor al suyo de águila, sondeando en primer lugar el misterio del divino origen del alma aún en el seno del cuerpo a que aparece vinculada, como término de la metamorfosis embrionaria de la vida vegetativa en sensitiva y de ésta en intelectual; penetrando después, con mirada verdaderamente angélica, en el mundo supraterráneo de sus destinos inmortales y columbrando la sublime actividad que en su condición de «forma separada» habrá de corresponderle.

Tales son, descritos a vuelapluma, los grandes rasgos de la psicología tomista. Por el rigor de su método, a la vez empírico y racional; por su sentido profundamente realista no menos que elevadamente idealista; por la solución eminentemente equilibrada que en todo linaje de problemas tiende a dar a los arduos enigmas de la vida espiritual, se nos muestra como un ejemplar

siempre vivo de la «psicología perenne,» capaz de acoger y asimilar en sus amplios moldes cuantas novedades pueda ofrecer el incesante progreso de las ciencias mentales, así como de rectificar autorizadamente las desviaciones que sobre su interpretación metafísica han ocurrido o pudieran ocurrir a espíritus mal cimentados en los eternos principios de la razón humana.

JUAN ZARAGÜETA

Profesor de la Escuela Superior del Magisterio,
Académico, de la de Ciencias Morales y Políticas,
Consejero de Instrucción pública.

AMOR Y DUELO

Tradición santafereña.

I

Nunca se vio tizona más templada
ni brazo más dispuesto a la pelea;
—Para el amor que mi constancia sea,
para el rival la vencedora espada!....

Así dijo don Juan; en su mirada
un rudo pensamiento centellea:
—La luz de un nuevo sol lucir no vea
si no miro los ojos de mi amada!....

Y con la diestra fija en la tizona
y calado el chambergo reluciente
recorre, airado, la tortuosa vía;

Mas de pronto el coraje le abandona
tras escalar con tardo continente,
resuelto y solo, la mansión sombría.